"PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GENERO" - U. N. A. M

00441
31.03
S 467s

SUBDIVIDIR Y DOMINAR

Por Nick Sellars

Es imposible hablar de clase sin hablar de revolución, de solidaridad, de levantamiento. Según Nick Sellars, el movimiento de hombres debería ser una revolución a la que todos los hombres pudieran unirse. Incluso los de la clase dominante.

Otros de mi generación crecieron creyendo el mito de una sociedad sin clases. Yo no. Yo soy de una clase que supuestamente no existe, una clase que es aparentemente la más privilegiada dentro de la sociedad -- soy un hombre blanco de la clase dominante. Y así como los más golpeados por el clasismo saben que esta clase existe, también lo sé yo.

Mi círculo está conformado por dueños de negocios, accionistas, grandes terratenientes, dueños de bancos, herederos y herederas y dueños de recursos naturales y de la base rural. Somos conocidos por otros sólo como "la clase dominante", "los ricos", "la clase alta", "la clase media-alta" o "los privilegiados". Todos hemos tenido influencia en las decisiones de cuáles salarios deben ser pagados, de cómo se invertirá el capital. Algunos de nuestros nombres son muy conocidos, pero la mayoría no tiene nombre. En términos de población mundial somos muy pocos, pero somos grandes en términos de riqueza mundial. También estamos conscientes del enorme potencial humano de las otras clases. Si las otras clases pudieran unirse, no seríamos capaces de detenerlas, a pesar de nuestra riqueza, de nuestro poder y nuestras armas.

4033

Conforme el tiempo pasa y la monopolización de los recursos mundiales aumenta, somos cada vez menos. Perdedores en las competencias a gran escala, muchos ya pasamos a ser parte de la clase obrera y la clase media. Las otras víctimas, los trabajadores, son medidas cada mes en las estadísticas del desempleo. De ahí que la identificación de nuestra clase no dependa solamente de cuánto poseemos, sino de dónde crecimos y de que ganemos por lo menos una parte de nuestros medios de vida del incremento no ganado por quienes trabajan y extraído de ellos. Así hemos tenido las ventajas y oportunidades que han fortalecido nuestra capacidad de pensar, de guiar, de fijar y alcanzar metas, y de esperar éxito. Adicionalmente, todo el mundo, incluidas las otras clases, espera todo esto de nosotros.

Los participantes en el movimiento de hombres no saben exactamente quiénes comparten su membresía. Dado que la función de la clase media en el sistema económico consiste en sacudir a la sociedad, el trabajo de antisexismo resulta atractivo para muchos. Y también es cómodo debido a que parte del acondicionamiento de la clase media también es aspirar a poseer los medios de producción y desear los adornos de riqueza que mi gente luce. No es sino hasta que realmente analizamos nuestras actitudes clasistas o sexistas que empezamos a sentir que todo ello es amenazante para la vida (estos sentimientos me hacen pensar que estamos en el camino correcto -- por alguna razón, el desafiar los valores que poseemos siempre nos hace sentir como si estuviéramos muriendo).

Así como muchos revolucionarios famosos y teóricos de clase del pasado pertenecieron a la clase dominante, hoy en día algunas personas de la clase dominante también han empezado a analizar las formas en que la gente de esta clase ha sido socializada. Se ha evidenciado que aun nuestro acondicionamiento como hombres y nuestras actitudes sexistas varían dependiendo de nuestros antecedentes de clase. He aquí algunas reflexiones.

La gente de la clase dominante vive, generalmente, desconectada de la base de los recursos y de la gente de otras clases. Desde los vecindarios de ambientes opulentos y artificiales, desde los colegios privados que refuerzan la noción de nuestro inminente liderazgo en el mundo, abandonando al resto, se nos excluye del grueso de la humanidad, de la clase trabajadora. Así crecemos careciendo de un verdadero conocimiento o información sobre nuestras propias habilidades físicas o espirituales, sobre el mundo, sobre otras personas y culturas diferentes a la nuestra, y sólo sabemos cómo manejar el sistema económico pero muy poco acerca del daño que éste perpetúa.

También se nos enseña a negar nuestros sentimientos. Nuestras conversaciones raras veces tienen sentido; la cercanía física nos está prohibida y es esencial mantener una actitud superior. Otras clases son homofóbicas, mientras que nuestros padres no se preocupaban tanto de que fuéramos homosexuales (está bien serlo y experimentar en privado) como de que siempre mantuviéramos la apariencia apropiada en público. El cruzar alguno de estos límites implica ser sometidos a tratamiento por el sistema de salud mental. Muchos de ustedes habrán escuchado historias sobre los tíos "locos" o las "ovejas negras" en las familias ricas. El no alinearse es motivo de aislamiento o reclusión en algún sanatorio mental.

Aun la gente de la clase obrera no puede creer que algo nos resulte difícil. Cuando tratamos de contar nuestras historias, generalmente nos descartan sarcásticamente diciéndonos "pobre niño rico". No es de extrañar que algunos de la clase dominante a veces nos preguntemos si realmente existimos. La solución a ese dilema ha sido el identificarnos simplemente como nada sin nuestros privilegios y riquezas. Reforzados por el hecho de que muchos de nosotros recibimos muy poco amor físico en la niñez, los adornos de la riqueza se convirtieron en sustitutos del amor, ofreciéndonos una seudo-comodidad, una chupeta para nuestro dolor. Para otros somos fríos y calculadores, mientras que ellos mismos aspiran a tener nuestra "buena vida". Sentimos que nadie nos ama, mientras el resto del mundo nos encuentra indeseables -- no así nuestro dinero.

Las mujeres en nuestras vidas han sido llevadas a sentir que deben mantenerse eternamente jóvenes; son juzgadas enteramente por su físico y linaje y nunca se les da responsabilidad financiera. Muchas de ellas también sufren abuso sexual sistemático, a menudo a manos de muchos miembros de la familia.

Las buenas intenciones de los que en el pasado quisieron cambiar el mundo también nos han dejado temerosos. Sabemos, porque siempre nos lo dicen, que seremos los primeros contra el muro cuando la revolución llegue, y esto no nos motiva a querer cambiar las cosas sino,

de hecho, a subir el volumen. Pero no todos somos iguales. Tenemos que conciliar este temor de perder nuestro dinero y nuestras identidades con la sensación de culpa, dolor y confusión que experimentamos por saber que no toda la gente tiene pleno acceso a las ventajas que hemos disfrutado. Es por esto que no es extraño encontrar gente de la clase dominante en obras de caridad frenéticas y a menudo sin sentido.

Sin embargo, a muchos de nosotros el movimiento de hombres nos ha dado la oportunidad de salir de este círculo vicioso. Durante mucho tiempo, los hombres hemos sido responsables -- y culpabilizados -- de la opresión de las mujeres a través de la perpetuación de la estructura patriarcal. El movimiento de hombres pro-feministas, en concierto con feministas claves, también ha sido instrumental para promover una agenda pro-hombres que reconoce la influencia que los dolores pasados y nuestras limitadas opciones tuvieron en nosotros. El acondicionamiento es visto sólo como una razón, nunca como una excusa. Al rehusarnos a equiparar el patriarcado con los hombres en lo individual, hemos podido ver todo un sistema de opresión, en lugar de un grupo de individuos opresores (aunque algunos de nosotros actuemos como agentes o mensajeros de esa opresión).

Al no descartar a los hombres, al negarnos a culparnos unos a otros, al ayudarnos a sanar, los hombres hemos podido trabajar junto a las mujeres por la liberación femenina. Los hombres involucrados en este proceso hemos visto los beneficios de renunciar al sexismo pero sin perder de vista nuestro principal objetivo: la liberación de las mujeres.

Algunos de la clase dominante podemos ver claramente los vínculos económicos (o sea, de clase) entre la sistemática opresión de las personas por razón de sexo, edad, etnicidad y sexualidad, aunque tradicionalmente somos vistos como los agentes de esas opresiones. La regla ha sido probada y comprobada: subdividir y dominar. Los de la clase dominante estaremos seguros siempre y cuando podamos mantener a los otros grupos separados y divididos entre sí.

El feminismo, que ha mantenido la crítica de los asuntos de clase como uno de sus principales componentes, ha reconocido los beneficios de las reflexiones de un movimiento pluralista. Al incluir a todas las mujeres bajo una bandera común, ha incluido los pensamientos y las reflexiones de toda su membresía. Esto contrasta notablemente con el movimiento de hombres, predominantemente de clase media. La naturaleza del haber crecido en la clase media parece obstruir o descartar las opiniones de las perspectivas de clases y alienar al grueso de la membresía potencial.

Así como he abogado por la inclusión de hombres de la clase obrera en nuestro movimiento, también ahora abogo por una estrategia decisiva de no culpabilización para que el movimiento de hombres continúe siendo un lugar donde cada hombre pueda ser sanado. Necesitamos que toda la gente sea parte de esta revolución. Cada clase, cada edad, cada sexo, cada cultura étnica tiene algo que aportar, así como algo a que renunciar. No debería darnos miedo acoger a la diversidad humana.

El movimiento de hombres pro-feministas ha ofrecido un marcado contraste a las vidas insulsas y vacías de los hombres de la clase dominante. Así como otros hombres han empezado a sanar bajo la bandera del pro-feminismo, también nosotros guardamos la esperanza de ser sanados. En lugar de ser despreciados y culpabilizados, queremos tener la oportunidad de ponernos de pie, asegurar que nadie pase por alto la opresión de clases en el mundo, y esta vez eliminarla por completo.

Copyright 1995. Revista XY: men, sex, politics, 3(3), Spring 1993. XY, PO Box 26, Ainslie ACT, 2602, AUSTRALIA. Título original: Subdivide and rule. Traducción: Laura E. Asturias (Guatemala) <leasturias@gua.gbm.net>